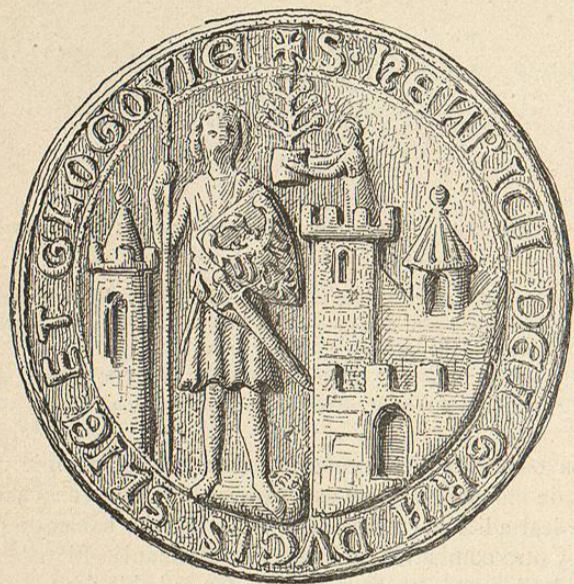


el papa Gregorio X, que regresaba del concilio de Lyon y se dirigía a Roma, selló este acuerdo, que puede considerarse como el precio a costa del cual consiguió Rodolfo el apoyo de la Iglesia contra Ottokar de Bohemia, su más peligroso enemigo.

El desenvolvimiento de las relaciones con éste decidió del porvenir de la restaurada monarquía alemana. El ambicioso descendiente de Przemislao no perdonaba que se le hubiese escapado la corona; así es que combatió la legalidad de la elección de Francfort fundándose en que Bohemia no había podido ejercitar en ella su derecho electoral: Gregorio X, como era natural, no accedió a declarar la nulidad que se le pedía. De todas suertes, quiso Ottokar continuar poseyendo, a pesar de la restauración de la monarquía alemana, los territorios del Imperio que durante el interregno había hecho suyos con un acto desleal y violento, acabando por hacer condición *sine qua non* de su reconocimiento



Sello del duque Enrique de Glogau (tamaño original).
Real Archivo secreto del Estado, en Berlín

de Rodolfo, el que éste le confirmara en la posesión de Austria, Styria y Carintia. Esto, que era realmente un reto dirigido a Rodolfo, tomó peor aspecto por la circunstancia de que para asentar éste su monarquía sobre la única base segura de un poderío territorial perfectamente marcado, debía dirigir precisamente su vista a aquellos territorios del Sudeste. Por lo demás, no había que pensar en Alemania en la formación de un nuevo poder territorial, ni existía título alguno legítimo en que apoyar una modificación cualquiera del estado de cosas en provecho de la casa real. Rodolfo, pues, se vio obligado a aceptar formalmente el conflicto en que le ponía Ottokar: salir triunfante era el único medio de favorecer el poderío dinástico de los Habsburgos. Además, los actos de violencia por Ottokar cometidos en los territorios austriacos habían producido una indignación y un descontento que hacían esperar un poderoso apoyo por parte de aquellos territorios y una división de las fuerzas bohemias.

En tales circunstancias, resultaron naturalmente inútiles las tentativas de reconciliación que repetidas veces se hicieron y que solo parecían hechas por ambas partes con el propósito de ganar tiempo a fin de reunir las fuerzas necesarias para una lucha decisiva. Esta comenzó en el verano de 1276, después que Ottokar hubo rechazado una última intimación del rey para que devolviera lo que injustamente detentaba,

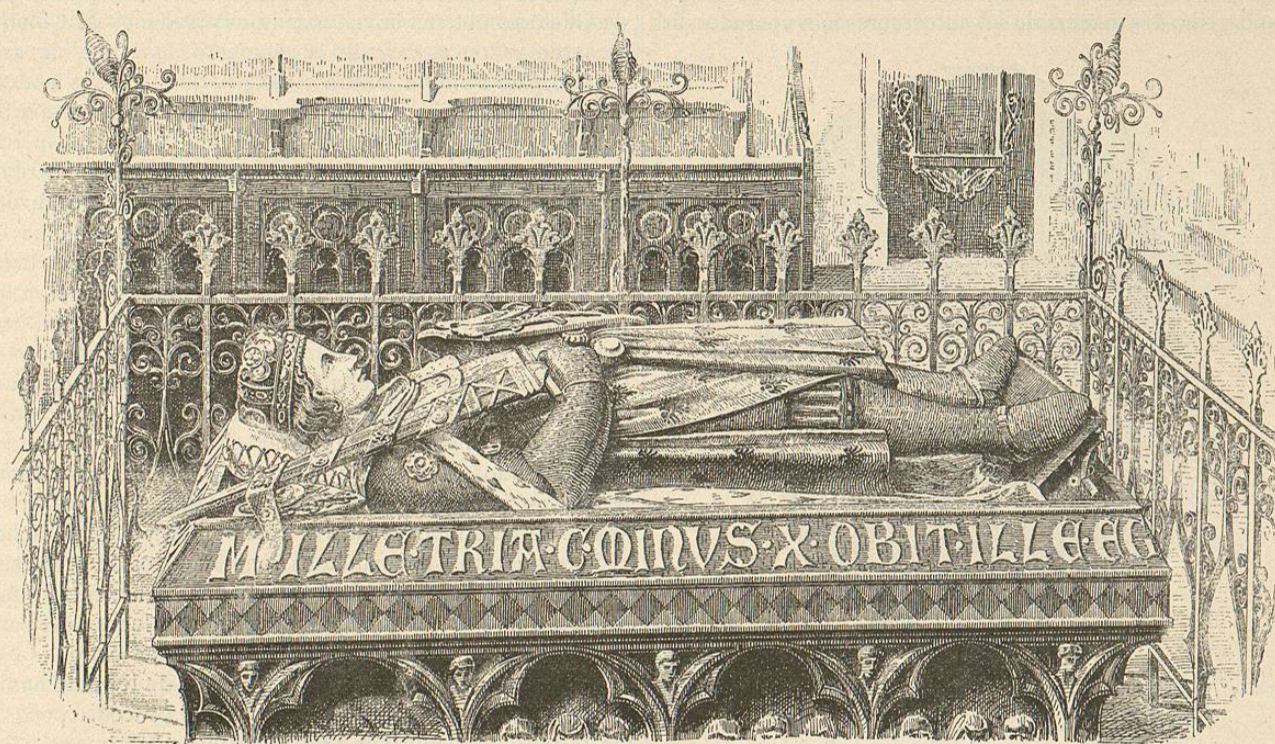
habiendo sido por ello proscrito y excomulgado. La nobleza de los territorios austriacos se rebeló acaudillada por el conde de Carniola, Alberto de Görz, y por el conde Meinhardo del Tirol, que estaba íntimamente ligado con Rodolfo; el clero también abrazó el partido contrario a Ottokar, y pronto se vieron libertadas la Styria y la Carintia. Entonces creyó Rodolfo llegado el momento oportuno para emprender el ataque. Mientras Ottokar creía ser atacado en Bohemia, el rey, siguiendo a lo largo del Danubio, se dirigió hacia Viena, cuya ciudad estaba decidida a defenderse y persistió más en su propósito cuando Ottokar salió de Bohemia a marchas forzadas. La corriente del Danubio separaba a ambos ejércitos e impedía que se diera la batalla decisiva; así es que Rodolfo pudo atacar la ciudad, que se rindió cuando el rey, después de confirmar sus privilegios, la tomó bajo la protección del Imperio, asegurándola de esta suerte contra la amenazadora venganza del rey de Bohemia. Estos triunfos hicieron mella en el ánimo de Ottokar y cuando Rodolfo, apoyado por Viena, se disponía a pasar el río para presentar batalla al ejército bohemio, que acampaba en la llanura septentrional, Ottokar, que en vano había esperado el auxilio de los duques silesios y del margrave de Brandeburgo, y que se veía cada vez más amenazado en Bohemia por la oposición de la aristocracia, solicitó inesperadamente la paz, que consiguió en Viena en 21 de noviembre de 1276, a cambio de su renuncia a Austria, a la Styria, a la Carintia y a la Carniola, y del reconocimiento de Rodolfo, a quien prestó homenaje como vasallo.

Pero el rey de Bohemia no consideró sería esta paz, sino que muy pronto procuró eludir los compromisos que había contraído y suscitó, a la callada, enemigos en todas partes contra Rodolfo. El descontento con que algunos príncipes veían el duro régimen del rey, los temores que inspiraban sus esfuerzos por sentar firme planta en Austria, y el desencanto de los príncipes electores, que se veían privados de aquella influencia que habían esperado ejercer en el gobierno del Imperio, favorecían las intrigas del monarca bohemio. Entonces se apartaron de Rodolfo aquellos que hasta ahora habían sido sus mejores apoyos: los arzobispos de Colonia y de Maguncia se pasaron a las filas de la oposición, que muy pronto se apoyó en Bohemia; los duques silesios se aliaron con Ottokar, e igual ejemplo pensaban seguir sus vecinos los margraves de Sajonia y de Brandeburgo y el landgrave de Turingia. El mismo Luis de Baviera vacilaba en la lealtad hasta entonces guardada. En Austria, los emisarios bohemios excitaban a la nobleza contra el nuevo soberano: el Consejo de Viena no ocultaba sus simpatías por Bohemia, y únicamente la vigilancia y la energía de Rodolfo pudieron impedir que estallara la rebelión tramada por el burgomaestre Paltram. La situación del monarca alemán era sumamente crítica: reducido a sus propias fuerzas, falto del auxilio de los príncipes del Imperio, y teniendo a sus espaldas la neutralidad harto ambigua de muchos de éstos, temió que al primer fracaso se vería atacado en su propio Imperio por todos lados. Solo una rápida y completa victoria podía evitar el peligro. A lograr este objeto tendieron las operaciones de Rodolfo cuando Ottokar, a principios de julio de 1278, traspasó las fronteras bohemias y siguiendo por el March avanzó hacia el Danubio. Rodolfo, con el arzobispo Federico de Salzburgo, antiguo enemigo del rey bohemio, con el valiente conde Meinhardo del Tirol, y con el leal burgrave de Nuremberg, pero con solas sus tropas, aumentadas por el contingente de Hungría, que miraba intranquila cómo iba creciendo el poderío de Bohemia, pasó el Danubio y se dirigió al Norte para salir al encuentro del enemigo. En Marchfeld (Laa) presentóle Ottokar la batalla, con el fin de sacar

partido de la superioridad de su caballería, y se trabó el combate en Dürnkrut el día 26 de agosto. El ejército de Rodolfo, distribuido en cuatro columnas, se lanzó temerariamente contra las seis que formaban el del enemigo; la batalla estuvo durante mucho tiempo indecisa: las tropas de Rodolfo huían en algunos puntos ante la superioridad del adversario y el mismo rey fué derribado de una lanzada, salvándose de mayor riesgo gracias al pronto auxilio que recibió; pero de improviso, una parte de la caballería de los alemanes dió una atrevida carga contra el enemigo, carga que animó a los que estaban a punto de ser derrotados, y al caer el día la victoria quedaba decidida en favor de Rodolfo. El ejército bohemio, completamente derrotado, se desordenó y

acabó por desbandarse, siendo rudamente perseguido por los escuadrones húngaros: muchos bohemios encontraron, en su fuga, la muerte en el March.

La derrota de los bohemios había sido completa, pero fué aun más decisiva por el hecho de no haber sobrevivido a ella el rey de Bohemia, pues en medio del tumulto que se introdujo al comenzarse la lucha desesperada, Ottokar había sido mortalmente herido: con él quedó destruido el porvenir de la gran potencia bohemía. Para Rodolfo la cuestión fué entonces asegurar rápidamente lo que hasta aquel momento había procurado conseguir por caminos largos y tortuosos: la Moravia fué ocupada como prenda de los gastos de guerra, después de lo cual entró el rey en Bohemia, donde encon-



Sepulcro del duque Enrique IV de Breslau († 1290).

Figura de arcilla cocida pintada, en una tumba de piedra arenisca, que se encuentra en la iglesia de la Cruz, de Breslau.
Es uno de los más hermosos monumentos que produjo el arte alemán durante la Edad media

tró a la nobleza dividida, pues mientras unos querían confiar al margrave Oton de Brandeburgo la regencia de Wenzel II, hijo de Ottokar, que era todavía menor de edad, y continuar la resistencia, los otros querían llegar a una inteligencia con Rodolfo para poner al frente del reino, durante la menor edad del joven rey, a la reina viuda Cunegunda. Rodolfo no podía tampoco desear llevar las cosas hasta el último extremo; así es que para conseguir pronto la paz, hizo grandes concesiones al partido que estaba resuelto a proseguir la lucha, consintiendo en la regencia del marqués de Brandeburgo por los cinco años siguientes, seguro ciertamente de que las dificultades interiores a tal orden de cosas anejas obligarían a Bohemia a permanecer quieta durante largo tiempo y le dejarían a él en completa libertad de acción en los países del reino conquistados. Los desposorios del joven Wenzel con Guta, hija de Rodolfo, y del hijo de éste de igual nombre con Inés, hermana del bohemio, ofrecieron a los Habsburgos ciertas esperanzas de entrar algún día en posesión de la rica herencia de Przemislao. Sin embargo, el punto principal fué para Rodolfo el asegurar los territorios reconquistados. En Austria, Styria y Carniola la administración fué organizada de tal manera, que para agregarla después a los domi-

nios de los Habsburgos bastaba una simple formalidad externa que viniera a ser la expresión correspondiente de una relación existente de hecho. Alberto, el primogénito de Rodolfo, gobernaba severamente en estos territorios; sus habitantes se sometieron obedientes a él y a los capitanes por él nombrados, alegrándose todos de ver restablecidos el orden y la tranquilidad. En cuanto a la Carintia, Rodolfo la cedió al conde Meinhardo del Tirol, que tanto había contribuido a su triunfo y que se encontró allí con grandes resistencias que le impidieron establecerse de una manera sólida. Estas transformaciones territoriales terminaron definitivamente a fines del año 1282, en que, mediante consentimiento expreso de los príncipes electores, se dió en feudo a los hijos del rey, Rodolfo y Alberto, el Austria, la Styria, la Carniola y la Marca Windica. De esta suerte se creó el poderío dinástico de los Habsburgos, pareciendo muy pronto como si la monarquía alemana, fundada en esta dinastía, entrara en una nueva era y hubiera de reconquistar gran parte de su antigua importancia.

Si esta esperanza no se realizó, no cabe por ello responsabilidad alguna a Rodolfo. El nombre y las formas de la monarquía alemana eran las mismas que antiguamente, pero

la esencia había variado. Los bienes del imperio, que en otro tiempo habían estado á disposición del rey, habían desaparecido: precisamente allí donde habían sido mas extensos por haberseles agregado el antiguo patrimonio familiar de los Staufen y las muchas adquisiciones hechas por el emperador Federico I, es decir, en Suabia, había ocurrido un completo fraccionamiento, á consecuencia del cual se fundaron multitud de pequeños Estados que eran un constante peligro para la paz. No había, pues, apenas cuestiones ni política del imperio que se elevaran por encima de los cuidados de la paz del país, de la seguridad del comercio y de otros intereses análogos. En sus mismos sinceros esfuerzos en pro de estos intereses no vemos á Rodolfo gobernar por medio de la legislación del imperio, como soberano que manda, sino á la manera de sus antecesores mas apurados, fir-



Sello (2/3 del tamaño original) del margrave Oton IV con el dardo de Brandeburgo († 1309).

Real Archivo secreto del Estado, en Berlín

mando tratados de paz con los distintos príncipes y sirviendo de mediador para alianzas de paz territoriales. Unos y otras, en su mayor parte acomodados á un tiempo determinado, rara vez llenaron el objeto para que habían sido hechos. Rodolfo se granjeó las simpatías de las ciudades, á las cuales aprovechaban especialmente estos esfuerzos en pro de la paz, auxiliándolas y favoreciéndolas bajo muchos conceptos. Una de las cosas que mas le conquistó la gratitud de las ciudades y la fama de amante de la vida ciudadana fué la severidad que desplegó contra los caballeros salteadores de caminos. Pero de aquí no pasó: la indómita nobleza del Sur y del Oeste, que desde hacía muchos años no reconocía señor alguno y que durante las largas guerras civiles había aprendido á ocultar toda violencia bajo la máscara de un supuesto interés político, vió con indignación asaltados los castillos de sus compañeros de bandolerismo y á muchos de éstos terminar sus vidas en la horca. Mucho tiempo hacía que había desaparecido aquella lealtad hácia el emperador y hácia el imperio mostrada antiguamente por la baja nobleza alemana, que había defendido con su sangre y sus bienes el honor y el poder imperiales. Estas circunstancias debían influir tanto mas en el porvenir, cuanto que desde los triunfos conseguidos sobre Ottokar y desde la creación del poderío dinástico de los Habsburgos, las relaciones entre Rodolfo y los príncipes habían sufrido notable quebranto. En efecto, los príncipes del Rin estaban contra de él, y los esfuerzos hechos por el

ambicioso Sigifredo de Colonia solo provisionalmente habían sido contenidos por la afortunada acción militar del rey en 1282. Fué, pues, para Rodolfo una verdadera suerte el que poco despues Sigifredo de Colonia se viese envuelto en una funesta guerra que acabó con su prepotencia. Efectivamente, en 1288 estalló la guerra de sucesion de Brabante, en la cual pretendieron la rica herencia del duque Walram IV de Limburgo, por un lado su yerno, el conde Reinaldo de Güeldres, estrechamente unido con el arzobispo de Colonia, y por otro el duque Juan de Brabante, famoso guerrero, que intervino en favor del sobrino de Walram, el conde Adolfo de Berg. La mayoría de los príncipes y magnates del bajo Rin abrazó el partido del de Brabante, temerosos del poderío de Colonia, cuyo aumento era inminente si el conde de Güeldres obtenía la victoria. Los ciudadanos de Colonia creyeron entonces llegado el momento oportuno de asegurarse para siempre contra el peligro que para sus libertades constituía el ambicioso señor de la ciudad, y se aliaron con los enemigos de éste. En 5 de junio de 1288 fueron derrotados en Worringen, entre Colonia y Neuss, el arzobispo y sus aliados por el duque de Brabante, á cuyo auxilio había acudido el ejército de los ciudadanos de Colonia; la sangre de los nobles del bajo Rin cubrió el campo de batalla: el mismo Sigifredo, y otros muchos nobles, cayeron en poder del vencedor, y el obispo no recuperó su libertad hasta un año despues á costa de un cuantioso rescate y de importantes concesiones territoriales. Sin embargo, no tardó mucho en romper las cadenas de esta desventajosa paz, consiguiendo que en Roma se le relevara del juramento prestado. Aliado con los electores de Maguncia y de Tréveris venció la resistencia de los de Colonia, que, despues de haber resistido durante muchos años la excomunión y el entredicho, cedieron por fin á los mandatos conminatorios de la Iglesia. De esta suerte volvió á quedar compensada la ventaja que había obtenido Rodolfo en aquellas grandes luchas del bajo Rin.

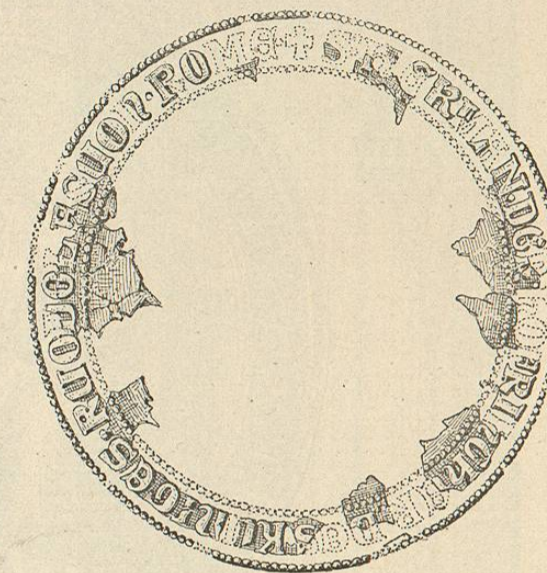
Ya se comprenderá que con el gobierno de Rodolfo nadie estaba realmente contento: á los unos les concedía poco, á los otros demasiado. Por muy celoso y severo que se mostrara para conservar el orden y la tranquilidad, solo los pequeños y los impotentes sentían sus castigos. En Suabia, el conde Eberhardo de Wurtemberg se rebeló abiertamente contra el monarca, quedando su acción impune, en virtud del arreglo definitivo que se hizo, y emancipándose esta provincia del poder del imperio. La tentativa hecha por Rodolfo para agregar á sus Estados la Borgoña, fracasó tambien, pues aun cuando el anciano rey, viudo por muerte de Gertrudis de Hohenberg, se casó con la hermana del duque Rodolfo de Borgoña con el fin de favorecer aquel proyecto, no consiguió vencer la influencia francesa, allí tan arraigada. Otros sucesos inspiraban entonces aun mas cuidados. La Alemania central y la septentrional, especialmente la Turingia, estaban desgarradas por sangrientas luchas, que demostraron, y naturalmente no en beneficio de la renovada monarquía, la sensible desproporción que existía entre la buena voluntad de Rodolfo y los mezquinos éxitos conseguidos. Por muy popular que fuese Rodolfo entre la mayoría de los Estados, á causa de su amor al pueblo, de su sencillez y de su vida verdaderamente de soldado, todos vieron con dolor que la restaurada monarquía alemana, envuelta en la aureola del recuerdo de la espléndida dominación de los Staufen, correspondía muy poco á las esperanzas que se habían concebido y demostraba cada día mas que la antigua magnificencia del imperio no podía resucitar. Solo teniendo en cuenta esta manera de pensar se explica que pudieran presentarse entonces osados aventureros ó fanáticos fingiendo

ser el emperador Federico II, que segun la creencia de los minoritas, tan influyentes en el pueblo, no había muerto, sino que volvía para reconstruir, despues de la ruina de la Iglesia, el imperio de mil años de existencia. Algunas fantasías socialistas que entonces se difundieron y que fácilmente embaucaron á los oprimidos ciudadanos y labradores, facilitaron á algunos de estos aventureros el logro de transitorios aunque importantes triunfos. En Lubeck apareció uno de estos falsos Federicos que pronto fué desenmascarado: lo propio aconteció con otros en la Alsacia. Durante muchos años, mantuvo la agitación en los países del Rin el hábil Dietrich Holzschuh, que decía ser Federico II: éste se hizo el protector de los frisones, que luchaban por su independencia en union con los condes de Güeldres y de Holanda; intimó al propio Rodolfo que compareciera ante su tribunal y excitó en 1285 el descontento de algunas ciudades decretando una contribucion para proceder á un movimiento un tanto atrevido cuyo centro era Wetzlar. Entonces Sigifredo de Colonia, que hasta aquel momento había consentido que el aventurero viviera tranquilo en su territorio, no quiso seguir protegiéndole y en union con el rey procedió enérgicamente contra él. Dietrich Holzschuh terminó sus días en la hoguera; sus partidarios fueron duramente castigados y las ciudades que habían simpatizado con el movimiento imploraron arrepentidas la gracia del monarca.

Estos acontecimientos demostraron á Rodolfo que la base mas segura de su situación como monarca era la terminación del edificio de su poder dinástico. En este sentido trabajó su hijo Alberto en Austria sin descanso y con éxito, venciendo algunas veces sin consideración alguna la resistencia que los Estados le oponían, sin dejarse mover por las indignadas quejas que los vieneses formulaban contra la violación de sus privilegios. Para sus planes estaba en amistosa inteligencia con su vecino Meinhardo del Tirolo, á quien en 1285 se había cedido formalmente la Carintia como ducado hereditario. En cambio, estuvo casi siempre en lucha, y aun encarnizada guerra, con Rodolfo de Hoheneck, arzobispo de Salzburgo, que trataba de conseguir en aquellos territorios del Sudeste la misma situación dominante que tenían en el Oeste los arzobispados del Rin. La división de partidos y las luchas de sucesion en Hungría fueron hábilmente utilizadas por el duque, no solo para asegurar las fronteras alemanas contra estos vecinos, que tan poca confianza inspiraban, sino tambien para adquirir influencia en aquella nación. Entonces, la política de los Habsburgos seguía inconscientemente una dirección hácia el Este que despues debía ser decisiva para ella. Como en Bohemia el gobierno del débil Wenceslao II, despues de haber vencido á un partido hostil, se sometió á la influencia del rey Rodolfo, los Habsburgos consiguieron ocupar al Este del imperio una situación dominante que en definitiva debía influir en la organización del mismo y ensanchar las fronteras, hasta entonces tan estrechas, de la autoridad real. Para esto era ante todo necesario que se conservara la corona en la dinastía de los Habsburgos, y en este sentido procuró Rodolfo asegurar el porvenir; pero precisamente aquí fué donde experimentó la más cruel decepción. De los tres hijos que había tenido de su esposa Gertrudis de Hohenberg, había destinado al segundo, Hartman, á sucederle en el trono alemán. Habiendo muerto éste ahogado en el Rin en un paseo que dió por este río en el verano de 1281, ocupó su lugar el tercer hijo, Rodolfo, mientras Alberto, el primogénito, quedaba al frente del Austria, hecho que demuestra cuál era la idea que tenía el rey acerca de lo que debía decidir del porvenir de su dinastía. Pero tambien Rodolfo murió en 1290. La hostilidad que entonces reinaba entre su padre y los prin-

cipes electores del Rin era un grave obstáculo á la elección de Alberto como sucesor, tan deseada por Rodolfo, y á la cual se oponía personalmente el duque. Esto no obstante, el rey formuló su pretension ante los príncipes reunidos en la primavera de 1291 en la dieta de Francfort: la negativa que le dieron fué una nueva derrota no solo de la política dinástica de los Habsburgos, sino principalmente de la monarquía considerada como tal. Los príncipes hereditarios alemanes, que habían conseguido una completa soberanía territorial, no admitían una monarquía hereditaria, ni siquiera en el sentido limitado en que la entendían los sajones y los salios.

Al morir el rey Rodolfo en 15 de julio de 1291 en Spira, el imperio se encontraba, pues, enfrente de las vicisitudes de una nueva elección de rey. Sabíase de antemano que ésta



Sello de Herman de Bonstetten, juez áulico de Rodolfo I (1290).

Muy notable por su inscripción alemana, que dice:

S(ello) HERMAN. DER. HOFRIHCHER DES KUNIGES. RUODOLFS UON ROME. †

El original se halla en el Archivo de Furstenberg, en Doneschingen

no recaería en Alberto de Austria, candidato inaceptable especialmente para los electores eclesiásticos, los cuales, ante la experiencia hecha con los Habsburgos, tenían el propósito firme de no otorgar la corona mas que á un advenedizo débil y por tanto dócil. En igual sentido opinaban los electores laicos, á pesar de estar emparentados con los Habsburgos, no habiendo sino uno, el conde palatino Luis, que permaneciera fiel á su antigua alianza, sin poder, sin embargo, evitar los planes de sus adversarios. Lo que entonces sucedió excedió á cuanto se había temido y demostró de una manera terrible el triste papel que estaba condenado á desempeñar el que ciñera la corona alemana, supeditado á la voluntad de los príncipes electores, á quienes se calificaba de «columnas del imperio.» Un conde del Rin, impotente, de pocas garantías y casi desconocido, Adolfo de Nassau, fué el elegido, y tuvo que pagar el honor dudoso que se le dispensaba con grandes concesiones á los electores eclesiásticos, que eran los que habían decidido la elección, y á los cuales confirmó en todos sus bienes, derechos y libertades, viniendo por ello á ser verdaderos regentes del reino y tutores del monarca. A principios de mayo de 1292 subió al trono Adolfo de Nassau como un usurpador y como hechura del orgulloso Erhardo de Eppenstein. Alberto de Austria tuvo que aceptar los hechos consumados y prestó homenaje al